# Sección de notas

## SOCIOGENESIS Y EVOLUCION DEL DISCURSO POETICO EN ANTONIO MACHADO

No es nuestra intención presentar aquí—ni siquiera esbozar—el itinerario personal de Antonio Machado, sino analizar el marco sociohistórico en el que desarrolla su peripecia vital y situar en él la génesis de su obra como expresión adecuada de una visión del mundo, la del grupo social al que perteneció—o pertenece—el autor *.

Entendemos por visión del mundo el conjunto de respuestas elaboradas por un determinado grupo social a través de las cuales dicho grupo se enfrenta—trata de solucionar—el problema de su praxis cotidiana. En este sentido, hay que observar cómo los usos, las fórmulas, el lenguaje, la sensibilidad y, en definitiva, todo lo que significa la forma de pensar, así como la de expresar de una forma material, ese conglomerado de actitudes ideológicas constituyen un *todo* coherente que estructura todas y cada una de las respuestas tanto individuales como colectivas que el individuo o el grupo reproducen o crean ante la realidad cotidiana.

Téngase, al mismo tiempo, muy en cuenta que una forma de pensar se plasma en un modo de vivir y que éste revela una cierta situación económica que implica, a su vez, la pertenencia a uno u otro sector del sistema de relaciones de producción. Los eslabones de esta cadena forman un círculo: cada uno supone el anterior y depende del siguiente. Estos círculos tienen, además, características planetarias y son extraordinariamente dinámicos.

---

* Este artículo, tal y como aparece aquí, sirvió de línea maestra al discurso que, para conmemorar el centenario de Antonio Machado, me invitó a dar el Ateneo de Almería el 29 de julio de 1975. En su forma actual, fue una de las conferencias con que el Curso Superior de Filología del CSIC de Málaga honró, aquel mismo verano, la memoria del poeta. Quiero señalar aquí estas circunstancias para evitar cualquier relación entre mi trabajo y el ofrecido por CARLOS BLANCO AGUINAGA («El realismo progresista de Antonio Machado») en la revista *Triunfo* (núm. 708, 21 de agosto de 1976). Aun a pesar de las coincidencias aparentes, me parece que las diferencias entre ambos trabajos confirman la diferencia existente entre los distintos métodos de análisis y, cómo no, la disparidad de sus resultados. Por todo ello me decido a publicar estas notas, que, en principio, apuntan hacia el análisis necesario y completo de la sociogénesis de la producción machadiana.

## I. Sociogénesis del discurso poético en Antonio Machado

En el caso de la Historia de España que inicia la Restauración de los Borbones (1874) y se extiende hasta el final de la II República, los planetas—las clases—sociales son tres, con sus satélites correspondientes: Aristocracia, Burguesía, Proletariado y los grupos afines que giran en torno de cada una de ellas. Como en el espacio físico este sistema es perfectamente dinámico; hay planetas que nacen y otros que se eclipsan para nadar errantes en la nada infinita de su vitalidad aniquilada por una lucha ignota, cuyos únicos vestigios son mares de arenas infinitas y blancas.

La nobleza feudal es un planeta muerto; con la primavera de la revolución industrial nace el proletariado, creado por la dinámica de una clase que escala y toma el santuario del poder en la Europa occidental a finales del siglo XVIII: la burguesía. Como resultado de la necesidad que esa burguesía capitalista tiene de gestionar el poder económico y político que detenta nacen las clases medias, las diferentes pequeñas burguesías comerciantes, profesionales, etc., que giran deslumbradas por la ideología burguesa dominante, pero que, poco a poco, van descubriendo grandes afinidades económicas con algunos sectores del proletariado.

La dinámica de clase se pone en marcha y la toma de conciencia de ciertas contradicciones en el sistema planetario crean cierta inestabilidad social basada en la mayor o menor adhesión a la clase dirigente. Algunos grupos sociales empiezan a poner en duda la conveniencia de que sea precisamente esta o aquella la clase que dirija la vida de la nación, y se inicia el proceso de desafección, que será más o menos rápido en los diferentes grupos sociales, según que los intereses de cada uno de ellos entren más o menos rápidamente en contradicción con los de la clase dirigente.

Nuestra tesis es que Antonio Machado pertenece a un grupo social cuyos intereses entran en contradicción con los de la oligarquía que dirige el sistema canovista de la Restauración. El poeta traspone a un nivel estético la visión del mundo de un sector de la pequeña burguesía española que no encuentra ya una respuesta adecuada a su problemática en la gestión de la clase dominante, durante el período de la Restauración. El proceso de desafección de dicho grupo implica al mismo tiempo una dependencia formal de los presupuestos ideológicos de la clase dirigente y una conciencia clara de la inviabilidad del sistema que hace detentar el poder a esa misma clase. Dentro de esta dinámica cabían tres soluciones: la actitud conservadora que propugna «lo bueno conocido...», la fórmula reformista que opta por la evolución republicana para evitar la revolución proletaria y la radical que apoyará esta última

solución. Antonio Machado se sitúa en la meseta entre el inmovilismo de la montaña y la fascinación que la aventura ejerce sobre «los hijos de la mar».

## I.1. *La Institución Libre de Enseñanza y la formación de élites*

El krausismo español, que—como ha señalado Tuñón de Lara—es «muy distinto del krausismo a secas» [1], significa en la España del siglo XIX un intento, a nivel de la superestructura ideológica [2], de transformar la sociedad, proponiendo como alternativa de cambio la toma del poder de una burguesía que arrastra durante todo el pasado siglo un proyecto vago de revolución social. Esta praxis frustrada de proyecto revolucionario marcará de una manera definitiva al sector liberal de la burguesía española, que si bien no participa en el pacto restauracionista de una manera material, mantiene la esperanza de una hipotética toma del poder, que sólo llegará a materializarse en 1931 y a consecuencia no de la propia vigorización, sino del fracaso del sistema canovista y el consecuente derrumbamiento de la monarquía que restauró el pacto social de la aristocracia terrateniente y la gran burguesía industrial.

La materialización del pacto restauracionista y las medidas restrictivas adoptadas por el nuevo régimen en materia de enseñanza tienen como resultado la formación de la Institución Libre de Enseñanza, que el 29 de octubre de 1876 inicia la andadura de lo que Tuñón llama el «krausismo abierto». La Institución, apoyada en la *actitud*—más que filosofía-krausista, irá poco a poco decantando un nuevo y multitudinario tipo de intelectual, en el que se puede encuadrar perfectamente a don Antonio Machado, cuya ascendencia familiar mantiene relación estrecha con la línea de pensamiento que une a los krausistas españoles [3]. El tipo de institucionista a que nos referimos ha sido tipificado así por don Alberto Jiménez: «Había nacido un nuevo tipo: el del institucionalismo, sinónimo, como el de krausista, de hombre de principios y de vocación y también de cierto puritanismo, aunque no tan utopista, pues, atento a las realidades nacionales e inflamado por la historia y el arte de España y hasta exaltado en frenesí amoroso por la naturaleza y el suelo patrios...» [4]

---

[1] TUÑÓN DE LARA, *Medio siglo de cultura española*, Madrid, Tecnos, 1973 (3.ª ed.), p. 37.

[2] Véase CARLOS BLANCO AGUINAGA, *Juventud del 98*, Madrid, Siglo XXI, 1970, pp. 3-39.

[3] «Las palabras de Cossío en el homenaje que la Institución ofreció a sus antiguos alumnos Antonio y Manuel Machado, en 1926, expresan concisamente su idea rectora de la educación: 'Acordaos de cuando érais niños; de cuando vuestro padre, aquí amado de todos, os envió a esta casa —donde yo prediqué siempre el saber sobrio—para aprender dos cosas, las mismas que Aquiles: *a decir bellas palabras y ejecutar nobles hechos*'», en TUÑÓN, *op. cit.*, p. 53.

[4] JIMÉNEZ FRAU, *Ocaso y Restauración*, México, 1948, pp. 167-168.

En 1881, con Sagasta, se reintegran en sus cátedras todos los profesores y el principio de libertad de enseñanza es aceptado. A partir de 1907, con la creación de la Junta para Ampliación de Estudios, se inicia la fase de implantación del institucionalismo a nivel multitudinario. Precisamente ayudado por una beca de esta Junta marchará Antonio Machado con Leonor, recién casados, a París, en 1911, para seguir los cursos de Henri Bergson en el Collège de France. Un año antes, y dentro de la política de apertura que acabamos de señalar en la Institución, se había creado la Residencia de Estudiantes, que, como todos sabemos, fue centro importantísimo de la intelectualidad española hasta la guerra civil. No descuidó tampoco la Institución los estudios secundarios, y en 1919 inicia su andadura el Instituto Escuela. De esta manera se aseguraba el espíritu institucionalista una continuidad y eficacia sin precedentes en la historia de la burguesía española. Por primera vez, las clases medias se organizan, o más bien crean las condiciones necesarias para dotar a la nación de los cuadros que le serán imprescindibles en un funcionamiento racional que, cada vez más, el pueblo español echa de menos en la gestión restauracionista.

### I.2. *Sistema canovista y conciencia individual*

Los presupuestos ideológicos de los institucionistas corresponden, en un nivel cultural, a los ideales del liberalismo democrático-parlamentario que, por aquellos días, inspira la vida política de los países europeos avanzados. Nos parece muy importante insistir en las coordenadas políticas de las élites que, a partir de sus organismos de enseñanza y—muy especialmente—durante la segunda década del siglo, irá formando la Institución Libre de Enseñanza. «Los 'institucionistas' no son 'revolucionarios', en el sentido habitual del término; muchos de ellos piensan, a partir de la segunda fase (desde 1881 hasta 1907, en la que se forma precisamente Machado), que la transformación será posible dentro del sistema. Otros son partidarios del régimen republicano, pero no de una transformación violenta, sino de un republicanismo reformista» [5].

Antonio Machado, como la inmensa mayoría de su generación llamada del 98, se va a situar entre los republicanos reformistas. Algunos de sus compañeros llegan a esta actitud desde un socialismo más o menos utópico, según han señalado Carlos Blanco Aguinaga y Rafael Pérez de la Dehesa, entre otros; algunos incluso han adoptado ciertas posturas anarquistas. Sin embargo, es precisamente Machado quien mejor re-

[5] Tuñón de Lara, *op. cit.*, p. 53. El paréntesis es nuestro.

presenta la evolución «típica» del intelectual liberal durante la crisis de la Restauración y el advenimiento de la República. Su itinerario ideológico resulta «típico»—desde nuestro punto de vista y según hemos señalado más arriba—por su extrema coherencia, que muy probablemente le viene de su formación institucionista.

La Institución crea, durante el período en el que se forma Machado, una conciencia burguesa liberal que se materializa en el sistema de valores que acompaña siempre al poeta: amor al trabajo, respeto a los demás, sentido de la libertad individual, etc. Ahora bien: lo que en Machado tiene un valor estrictamente personal se amplifica más tarde entre los institucionistas que se forman y salen de los distintos centros de la Institución. En esta segunda generación nos parece ver aflorar el sentimiento de élite que ya señala el mismo Tuñón: «Su base social (las clases medias provincianas y, sobre todo, de la capital) y su escala de valores políticos lo llevan a una concepción minoritaria. Pero, además, el hecho de ser una minoría particularmente *dotada* y *preparada,* que se encuentra pronto a un nivel superior, da inevitablemente a la mayoría de sus miembros (no a todos, y el gran ejemplo contrario es Antonio Machado) una *conciencia de élite.* Así se opera un proceso: base social → escala de valores → práctica cultural, que remata en conciencia elitista. ¡Cuántas veces hemos sentido esa conciencia los adolescentes de mi generación en los contactos con nuestros contemporáneos del Instituto-Escuela! [6]

Si en el primer Machado hay una clara conciencia del yo individual, que nos parece venir directamente de la ideología reformista y liberal que recibe en su formación institucionista, no encontramos en el poeta sevillano más sentimiento elitista que el común a los institucionistas de su época de formación; en realidad es más, en esta época, un sentimiento de diferenciación proveniente del espíritu burgués liberal y reformista absolutamente ajeno al común entre las clases dirigentes de la Restauración en los últimos años del siglo pasado. Mientras puede ser válido entre los alumnos del Instituto-Escuela ese elitismo que señala Tuñón (y que más bien podría definirse como cierto señoritismo elitista), el de don Antonio es un sentimiento de élite basado en su actitud crítica hacia el señoritismo y aristocracismo de los intelectuales reaccionarios de la Restauración.

La afirmación de su yo individual en el marco de una «intelligent-

[6] *Id., op. cit.,* p. 55. El primer paréntesis es nuestro. La alusión a Machado nos parece poco evidente, ya que, como hemos señalado a partir del mismo Tuñón de Lara, Machado no vive, en su época de formación, la Institución «institucionalizada» en los centros de enseñanza que se crean más tarde y son los que, a nuestro juicio, al amplificar su base de reclutamiento, crean una conciencia más precisa de élite.

zia» bohemia y modernista surge desde su primer libro, cuyo título nos parece extraordinariamente significativo, si tenemos en cuenta que el poeta vive en el centro del mundillo literario, en el que triunfa su hermano Manuel. En el bullicio del modernismo, que en aquellos años, y entre los escritores españoles, traspone una conciencia elitista y reaccionaria, según hemos señalado ya en otro sitio [7], el maestro don Antonio Machado escribe y publica *Soledades*.

### I.3. *La crisis de la conciencia individual: 1917*

Si ya en *Campos de Castilla* (1912) la actitud individualista de Machado adquiere una dimensión crítica que lo sitúa al margen del puro paisajismo noventaiochista conservador, todavía encontramos en el maestro sevillano los ecos del liberal decimonónico que observa y denuncia:

> ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
> *¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!*
> *¡Castilla, tus decrépitas ciudades!*
> *¡La agria melancolía*
> *que puebla tus sombrías soledades!*
> ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

La realidad, que—en sus aspectos sociales más conflictivos—ha escapado al poeta del yo individual que es el primer Machado, se irá imponiendo con su tozudez inexcusable al liberal reformista y republicano que se va, cada vez más, delineando en el Machado pensador de su segunda época. Entre la anecdótica y fastidiosa—para el poeta recién casado, que no puede ir de viaje de novios a Barcelona como tenía proyectado—explosión de la Semana Trágica y su adhesión a la petición de amnistía para los encarcelados de Cartagena (1918), se produce la crisis de la Restauración y la de su yo individual. Leonor ha muerto; abandona Soria y llega a Baeza, desde donde escribe a Unamuno: «Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Bellas Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabe leer un treinta por ciento de la población. No hay más que una librería, donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta» [8].

---

[7] En *Historia de la Literatura española*, vol. III, Guadiana, Madrid, 1974.
[8] José María Valverde, *Antonio Machado*, Siglo XXI, Madrid, 1975, p. 103.

Es, pues, en Baeza, en su tierra andaluza, donde debe situarse la toma de conciencia que ha de colocar al poeta solitario, «triste, cansado, pensativo y viejo» ante la realidad de la otra España, para cuya expresión adecuada no sirve al poeta el lenguaje que ha heredado del siglo XIX.

### I.4. *Hacia una responsabilidad colectiva: caída de la Monarquía y advenimiento de la República*

Los males endémicos de la sociedad española que cuarenta años de Restauración monárquica no habían sabido resolver, la inoperancia de los políticos monárquicos y los graves errores de la intervención personal de Alfonso XIII hicieron inviable el funcionamiento del sistema canovista y, para evitar la caída de la Monarquía, exigieron de la clase dirigente la solución apresurada que significó la dictadura de Primo de Rivera. Si el dictador—y es esta opinión común entre los historiadores—hubiera sabido limitar su permanencia en el poder habría dejado en la Historia una imagen positiva: la de sus realizaciones hasta 1927. Ya con el directorio civil, y dentro del marco de la depresión económica mundial, pierde eficacia Primo de Rivera y se enajena definitivamente las clases populares, al no poder vehicular el planteamiento que, a nivel de la lucha de clases, exige la base a sus representantes sindicales.

Los liberales han abandonado ya cualquier tipo de veleidad reformista dentro del sistema y sólo una palabra tiene ya algún significado para ellos en el terreno de la política; esta palabra es: república. Machado, que en 1926 ha firmado el llamamiento de la Alianza Republicana, se sitúa, una vez más, en el sentido de la Historia, atento a los sentimientos más hondos de la sociedad española y sensible a la vasta ola popular que clama por el cambio político. De aquí precisamente su desconfianza inicial hacia el grupo de jóvenes poetas que arranca, por aquellos días, de la celebración del centenario de Góngora. En ellos parece advertir ese señoritismo descuidado, más atento a la última moda del quehacer poético que a preparar de una manera eficaz las bases de una poesía popular que acompañe la exaltante aventura que se avecina, que ya parece inminente. Frente a la poesía pura que propugna la nueva generación, Machado advierte que «... lo peor para un poeta es meterse en casa con la pureza, la perfección, la eternidad y el infinito. También el arte se ahoga entre superlativos. Son musas estériles cuando se las confina entre cuatro paredes» [9].

Ahora bien: el proceso de concienciación de Antonio Machado, el

[9] *Id., op. cit.*, p. 179.

sentimiento de que un orden de cosas se está derrumbando y la clarividencia de que es, precisamente, su mundo el que se viene abajo, la conciencia de la crisis de la ideología burguesa, que es la suya, y que antes de conseguir convertirse en ideología dominante ha sido condenada a muerte por la Historia, significa, a nuestro entender, la muerte del poeta y la aparición del pensador que se expresa a través de heterónimos. Esta solución machadiana debe ser situada en la misma línea de la revolución surrealista; es un intento desesperado por mantener cierta coherencia, a través de la creación de otra realidad más soportable para quienes se encuentran condenados a muerte, como grupo social, en cualquiera de las dos soluciones que les propone la llegada de los años treinta: el proceso de concentración capitalista anularía la autonomía social de las clases medias o tendrían que desaparecer en la revolución proletaria. Abel Martín y Juan de Mairena, así como los demás heterónimos, son ya la rediviva voz del yo individual muerto en Machado como consecuencia de su fidelidad sin límites a lo esencial español: el pueblo, con minúscula, ese denominador común que es el trabajo y que une a los humildes de los pueblos de España.

Frente a la postura «ísmica» de los jóvenes artistas españoles atentos a la moda y que, en algunos casos, supieron cumplir sus compromisos con la realidad española, Machado, suspicaz y consciente de las limitaciones que su formación y su edad significarían para plantear un cambio radical en su poética, opta por el cambio reformista que significa terminar con ella y seguir en la brecha a un nivel teórico en poesía y en las singladuras de una apasionada praxis política. Con sus amigos liberales segovianos izará la bandera republicana en el Ayuntamiento en aquel glorioso 14 de abril.

> «... Recordemos, acerquemos otra vez aquellas horas a nuestro corazón. Con las primeras hojas de los chopos y las últimas flores de los almendros, la primavera traía a nuestra República de la mano. La naturaleza y la historia parecen fundirse en una clara leyenda anticipada o en un romance infantil.
>
> *La primavera ha venido*
> *del brazo de un capitán.*
> *Cantad, niñas, en corro:*
> *¡Viva Fermín Galán!*
>
> Florecía la sangre de los héroes de Jaca, y el nombre abrileño del capitán muerto y enterrado bajo las nieves del invierno era evocado por una canción que yo oí cantar o soñé que cantaban los niños en aquellas horas:

*La primavera ha venido*
*y Don Alfonso se va.*
*Muchos duques le acompañan*
*hasta cerca de la mar.*
*Las cigüeñas de las torres*
*quisieran verlo embarcar* [10].

## I.5. *Guerra civil y conciencia transindividual*

Las bases para su adhesión a la causa popular durante la lucha fratricida que se inicia en 1936 ya están puestas en la conciencia de don Antonio. A las fluctuaciones políticas de la república burguesa opone su fe ciega en la causa del pueblo. Su adhesión a la España republicana es total y su inmersión en el movimiento cultural llevado a cabo por los intelectuales antifascistas no deja lugar a dudas: «Una obligación inmediata e imperativa tiene todo intelectual: la de ser un miliciano más con destino cultural» [11]. Esta idea un tanto lapidaria había sido ya desarrollada por don Antonio cuando había dicho, refiriéndose a la misma guerra: «Ante esta contienda el intelectual no puede inhibirse. Su mundo está en peligro. Ha de combatir, ser miliciano. Una muestra espléndida de la militarización de los trabajadores del espíritu es ese *Romancero de la Guerra,* nutrido por la emoción poética de una juventud que necesita vivir plenamente y que ha levantado con coraje la bandera de la libertad, vinculada al pueblo. Junto al pueblo ha de estar el intelectual» [12].

No hay que olvidar, sin embargo, el itinerario que, a nivel de la sociogénesis de su obra, hemos venido siguiendo en la ideología machadiana. Su formación burguesa en la Institución Libre de Enseñanza, la tradición liberal decimonónica de su pensamiento político, su, en definitiva, ideología pequeño-burguesa contrasta con su adhesión entusiasta a los sectores más radicales de la izquierda republicana. Bien es verdad que no hay en Machado una actitud práctica positiva ante la Revolución Española que se inicia en el mismo año en que comienza la guerra, pero no podía ser de otra manera. Don Antonio es hijo de su tiempo y en él han calado hondamente los ideales reformistas que hemos ido paulatinamente señalando y que él mismo evidencia en su discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas: «Desde un punto de vista teórico yo no soy marxista, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea

[10] Antonio Machado, *Antología de su prosa,* vol. IV: *A la altura de las circunstancias,* textos seleccionados y prologados por Aurora de Albornoz, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1970, p. 154.
[11] *Id., op. cit.,* p. 43.
[12] *Id., op. cit.,* pp. 42-43.

jamás. Mi pensamiento no ha seguido la ruta que desciende de Hegel a Carlos Marx. Tal vez porque soy demasiado romántico, por el influjo, acaso, de una educación demasiado idealista, me falta simpatía por la idea central del marxismo: me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia. Veo, sin embargo, con entera claridad que el socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia; veo claramente que es ésa la gran experiencia humana de nuestros días, a que todos de algún modo debemos contribuir» [13].

Como puede apreciarse en la larga cita que precede, Machado no sabía lo que era el marxismo. Estaba, sin embargo, dispuesto a luchar entre los marxistas porque en ellos debía ver la única fuerza organizada y fiable, capaz de llevar a la práctica los anhelos del pueblo en armas. Esta su postura contrasta considerablemente con la de otros intelectuales defensores de la república burguesa a la que abandonan horrorizados cuando las masas populares irrumpen en la escena política.

Según habíamos señalado, Antonio Machado nos parece ser el intelectual español que mejor representa, en su generación, el itinerario humano, cultural y político de los liberales que, durante la Restauración y la II República, intentaron buscar una respuesta coherente y posible a los endémicos problemas de la sociedad española. En ese itinerario están las coordenadas que explican la génesis de su obra y que podrían definirle como poeta del cambio y pensador de una España posible, en el marco de otro orden social. Su actitud política, que, según veremos, aparece como elemento estructurante en su discurso poético, es la de un reformista liberal que descubre el yo transindividual en la esencia popular del alma española. Amante apasionado de la causa del pueblo cultivó la hermosa y quebradiza flor de la fidelidad en el huerto de su corazón, que no supo sobrevivir a la causa republicana y se extinguió en el exilio de una enfermedad gloriosa: su amor a la libertad de los pueblos de España.

## II. Evolución del discurso poético en Antonio Machado

Después de haber marcado el itinerario histórico de la evolución ideológica que sigue el pensamiento de don Antonio Machado, nos pro-

[13] *Id., op. cit.*, p. 167.

ponemos ahora señalar la extrema coherencia de su formulación en un plano puramente estético. Como entre uno y otro plano sólo existen relaciones de interdependencia, nuestra labor aquí consistirá simplemente en proponer, a nivel puramente explicativo, el discurso machadiano en su proceso evolutivo, como expresión adecuada de la visión del mundo que el autor transpone y cuyas líneas esenciales hemos esbozado más arriba.

### II.1. *Una clave: la tradición romántica*

Como ya hemos señalado, Antonio Machado se coloca en la línea de los intelectuales liberales pequeño-burgueses que, ya desde los primeros años del flamante siglo XX, se proponen replantear el problema de España. El punto de partida es el desastre de 1898. Ahora bien, la línea reformista que surge de la crisis del 98 nos parece presentar un doble aspecto. El primero, negativo, consiste en el planteamiento de la crisis como una mengua de la grandeza de España. Para esta óptica las lamentaciones en el muro de la pérdida de Cuba son la voz del pasado muerto que intenta revivir una gloria basada en la explotación colonial que si bien pudiera ser aceptable en la óptica de otros siglos, resulta, por sus consecuencias ulteriores, una vía muerta en la que se aparca el tren de la pretérita grandeza y ahí queda dispuesto para futuras andaduras. Por otra parte, hay un aspecto positivo en la forma de abordar la crisis por parte de los liberales reformistas que ven en ella la materialización del fracaso del sistema restauracionista. Para éstos el fracaso de Cuba tiene un carácter positivo: el desmembramiento en la conciencia nacional de la ideología dominante impuesta por las clases dirigentes de la Restauración. La burguesía liberal iniciará desde aquí su andadura para sustituir la suya a esas ideologías dominantes en trance—piensan ellos—de derrumbamiento. El esfuerzo de la Institución Libre de Enseñanza, la polémica regeneracionista y la organización constante y progresiva del partido republicano, así como su apoyo—coyuntural y limitado, bien es verdad—a las agrupaciones políticas del proletariado, significarán la voluntad decidida y cada vez más clara por parte de la burguesía liberal de tomar el poder que, antes o después, ha de quedar vacante.

El lenguaje adecuado para llegar a la conciencia nacional tiene que ser, básicamente, el modelo romántico. La excesiva innovación podía enajenar un público mayoritario que difícilmente seguiría la trayectoria crítica vehiculada por un lenguaje poético cuyos signos no habían sido aún descifrados por el pueblo. En el modernismo Machado presiente ese peligro y, más aún, el de haber caído entre las manos de los poetas

«restauracionistas» reaccionarios. La imaginería modernista se prestaba mal a quien como Machado buscaba la expresión temporal de su yo crítico:

*He andado muchos caminos,*
*he abierto muchas veredas,*
*he navegado en cien mares*
*y atracado en cien riberas.*
*En todas partes he visto*
*caravanas de tristeza,*
*soberbios y melancólicos*
*borrachos de sombra negra,*
*y pedantones al paño*
*que miran, callan, y piensan*
*que saben, porque no beben*
*el vino de las tabernas...*
*Mala gente que camina*
*y va apestando la tierra*
... ... ... ... ... ... ...[14]

En otro lugar se precisa el origen becqueriano que señala Luis Rosales al primer libro de Machado (*«Soledades* es un libro de poesía intimista, tradicional, que continúa y ahonda la voz de Bécquer y Rosalía de Castro, y tiene sus raíces en la canción popular y en el movimiento simbolista») [15].

*Fue una clara tarde, triste y soñolienta...*
*tarde de verano. La hiedra asomaba*
*al muro del parque, negra y polvorienta...*
*La fuente sonaba.*
*Rechinó en la vieja cancela mi llave;*
*con agrio ruido abrióse la puerta*
*de hierro mohoso y, al cerrarse, grave*
*golpeó el silencio de la tarde muerta.*
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...[16]

## II.2. *El yo en el tiempo*

De la tradición romántica ya señalada extrae Machado cuatro elementos que nos parecen esenciales por haber arraigado de una manera especial en el alma popular. Son éstos los que propone Allison Peers [17]

[14] Antonio Machado, *Poesías Completas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1965, p. 23. Citaremos, en adelante, esta edición por *PC*.
[15] Luis Rosales, «Un momento único en la poesía de Machado», en *Blanco y Negro*, número 3.299, 26 de julio de 1975.
[16] Antonio Machado, *PC*, p. 27.
[17] E. Allison Peers, *Historia del Movimiento Romántico español*, Gredos, Madrid, vol. II, pp. 344-401.

como «características secundarias del romanticismo español»: el subjetivismo (menos frecuente en España que en otros países europeos), el sentimentalismo (formulado en humanitarismo), la melancolía y pesimismo (ante la realidad, especialmente entre 1833 y 1860) y, finalmente, la vaguedad acompañada de la indeterminación en la forma.

La poesía romántica une a la afirmación del yo individual su preocupación por la historia pretérita, cuya formulación realista, esencialmente en el romancero, enturbia un tanto el interés por la indeterminación formal. En cierto sentido, podría decirse que los poetas románticos cultivan un subjetivismo historicista, pero a-histórico, salvo en el pensamiento que aflora en su producción, ya señalada, en las tres décadas centrales del siglo XIX.

Antonio Machado recoge y amplía la indeterminación formal, el humanitarismo y la melancolía y pesimismo, introduciendo a veces el discurso y el metro modernista. Es, precisamente, insistiendo en tres de los factores románticos ya señalados, como el poeta sevillano consigue transformar la poética romántica para forjar su viva voz personal. Su insistir sobre lo humanitario con una actitud pesimista ante la realidad española crea lo que llamaremos el *yo en el tiempo,* elemento esencial en el primer Machado. Refiriéndose al poema «A orillas del Duero» de *Campos de Castilla* (libro en el que aparece ya bien definido el subjetivismo histórico al que nos venimos refiriendo) dice Pilar Palomo: «... parecería que el tiempo *físico,* definido por Benveniste como "un continuo uniforme, infinito, lineal...", deja sentir su problemática con más fuerza en los páramos castellanos. El tiempo *psíquico* del jardín interior del poeta, estatificado en el pasado, se concreta junto a un tiempo *crónico*—historia—y un tiempo *vivido*—devenir—, en los que las aguas del Duero *devienen* la vida humana (*Hacia un ocaso radiante)* o trazan la línea invisible desde la que el hoy nos proyecta al pasado para, desde el pasado, proyectarnos a un hoy: «A orillas del Duero», poema seccionado, como el tiempo, por ese trazo simbólico de las aguas del río:

> *El Duero cruza el corazón de roble*
> *de Iberia y de Castilla»* [18].

Sin embargo, poco diríamos si no tratásemos de explicar la función de ese *yo en el tiempo* en el marco de la poética machadiana. La reflexión pesimista del poeta y la paulatina concreción de ese subjetivismo histórico tienen, desde nuestro punto de vista, una clara explicación

[18] ANTONIO MACHADO, *Poesía,* Narcea, Madrid, 1971. La introducción que citamos aquí es de Pilar Palomo.

en la conciencia del carácter efímero del yo burgués y liberal cuya sociogénesis ya hemos apuntado. Como señala López Morillas, «al aceptar la temporalidad como manifestación de la existencia, la angustia como el sentido de la existencia y la muerte como la realización de la existencia, Machado ha hecho suyos los preceptos sobresalientes de la filosofía de Heidegger. El mismo confiesa, al principio de su propio comentario sobre el filósofo alemán, que mucho antes de que éste apareciera en escena, él estaba ya preparado a acoger con fervor una metafísica existencial por el estilo de la de Heidegger» [19].

En realidad, se impone una alusión, siquiera de pasada, al «gran don Miguel» de Antonio Machado, con quien el poeta coincide en la visión agónica o al menos pesimista del futuro inmediato. Como más tarde dira don Antonio: «Nos vamos a enfrentar con un nuevo humanismo, tan humilde y tristón como profundamente zambullido en el tiempo. Los que buscábamos en la metafísica una cura de eternidad, de actividad lógica al margen del tiempo, nos vamos a encontrar... definitiva y metafísicamente cercados por el tiempo» [20].

## II.3. *La crisis del discurso poético:* Nuevas Canciones

La conciencia del *yo en el tiempo,* el descubrimiento del individuo como sujeto de la historia, conducirá inevitablemente al poeta hacia una prolongación perfectamente lógica: la sensibilización del yo individual al yo colectivo que llamaremos de una manera más precisa, en la tradición crítica goldmaniana, sujeto transindividual.

Una serie de acontecimientos históricos y personales sitúan al poeta ante los límites del pensamiento bergsoniano que lleva a sus últimas consecuencias las tendencias del irracionalismo y del intuicionismo en el pensamiento de principios del siglo. Frente a la tentación del intelectualismo lírico que acecha a la poesía española y que aparecerá más tarde en la llamada generación del 27, Machado reacciona aferrándose a la realidad. Lejos de los axiomas morales que aparecen en *Campos de Castilla,* como un último devaneo con el yo romántico, Machado se plantea, ya en Baeza y a partir de 1917, la crisis de su discurso poético.

Con *Nuevas Canciones* asistimos a una desviación de la línea creadora en la que prevalece el sujeto individual como elemento ordenador del discurso. Machado recoge la forma popular de la canción prestando

[19] López Morillas, «Antonio Machado y la interpretación temporal de la poesía», en Gullón-Phillips, *Antonio Machado,* Col. El Escritor y la Crítica, Taurus, Madrid, 1973, p. 266.
[20] Citado por López Morillas, *op. cit.,* p. 266.

una atención especial a lo que en ella hay de transindividual, eliminando poco a poco y cuidadosamente la «mano» del poeta:

*Aunque me ves por la calle,*
*también yo tengo mis rejas,*
*mis rejas y mis rosales*[21].

A veces, el poema adquiere un tono descriptivo:

*Una centella blanca*
*en la nube de plomo culebrea.*
*¡Los asombrados ojos*
*del niño, y juntas cejas*
*—está el salón oscuro—de la madre!...*
*¡Oh cerrado balcón de la tormenta!*
*El viento aborrascado y el granizo*
*en el limpio cristal repiquetean.*

Esta tendencia a la objetivación, que lleva consigo una puesta en duda de toda su poética anterior, no desembocará en la fijación de una nueva poética. Antonio Machado es un poeta-límite decimonónico y perecerá con los límites que él mismo pone al pasado siglo cuando afirma que éste acaba con la Gran Guerra (1914-1918) y que Marcel Proust representa la experiencia última de la novela decimonónica. En este período escribe una canción cuya importancia es extraordinaria porque abre al poeta la puerta que le llevará al aula de los pensadores:

*Los ojos por que suspiras,*
*sábelo bien,*
*los ojos en que te miras*
*son ojos porque te ven*[22].

La preocupación por la realidad aparece, desde aquí, de una manera cada vez más evidente:

*¿Tu verdad? No, la Verdad,*
*y ven conmigo a buscarla.*
*La tuya, guárdatela*[23].

---

[21] *PC*, p. 285.

[22] *PC*, p. 312; y la variante que aparece en la página 304: «El ojo que ves no es / ojo porque tú lo veas; / es ojo porque te ve» con que el poeta iniciaba los *Proverbios y cantares* que dedicó a Ortega y Gasset.

[23] *PC*, p. 321.

## II.4. *La «otredad» como signo*

En otra canción del libro a que nos acabamos de referir había dicho don Antonio Machado:

*Si vivir es bueno,*
*es mejor soñar*
*y mejor que todo,*
*madre, despertar* [24].

El proceso de cambio que vamos a anotar aquí y que proviene directamente de la evidencia palmaria con que se ofrece la realidad al poeta tiene mucho de despertar a la madrugada difícil de un mañana hipotético. Huyendo de la perspectiva de una poesía intelectualista y pura, en la que caerá—al principio—la generación de nuevos autores, Machado, que no se esconde de criticar esa tendencia, opta por abandonar la poesía que, en adelante, sólo utilizará como medio de expresión puramente circunstancial.

Con Abel Martín inicia su investigación y descubrimiento del «otro». El primer poema del heterónimo machadiano es:

*Mis ojos en el espejo*
*son ojos ciegos que miran*
*los ojos con que los veo* [25].

A propósito de nuestro *nuevo* Machado dice José María Valverde: «Tendiendo la vista atrás desde Abel Martín será como podamos darnos cuenta plena del alcance de esta creciente veta de teoría, a través de numerosas coplas. Pero aquí (en los complementarios) no es fácil aislar esa línea, enmedio de agudos apuntes morales y concisas observaciones sobre la coyuntura histórica, y otros temas diversos: sólo se entrevé el esfuerzo contra el intimismo solipsista, el anhelo de llegar a la «otredad»—de que ya había hablado a Unamuno—; la «otredad» humana, mundial y divina, a través de sentir al prójimo como «otro». Tal es la lucha que continuará siempre en Antonio Machado» [26].

La búsqueda del «otro», su preocupación por una objetividad que le niega su origen ideológico y su formación cultural es una lucha agónica, desesperada, que sólo un milagro pudo salvar. La inmersión de Machado en la corriente de la historia será precisamente ese milagro. De la teoría filosófica pasa a una preocupación esencial por el devenir

[24] PC, p. 320.
[25] PC, p. 357.
[26] VALVERDE, *op. cit.*, pp. 153-154.

político de la sociedad española, «el "arte poética" de Machado-Mairena adquiere una apertura social y comunitaria que la sitúa en la historia, de cara al porvenir y dando ya por superada la vieja poética subjetivista e intimista en que se educó el poeta» [27].

Ese proceso de objetivación tiene en don Antonio Machado un carácter extraordinariamente vivo—participa plenamente en toda la actividad intelectual de la República y durante la Guerra Civil—y resulta extraordinariamente ejemplar. Desde la afirmación del yo individual—el poeta como élite—hasta sus últimas actitudes teóricas hay un abismo que sólo ha podido salvar la extraordinaria honradez de este español espejo de virtudes y hombre bueno que, en 1934, definiría así el compromiso del arte: «Los tiempos que corremos son más de disciplina que de libertad, y esto ha de acusarse en el arte de alguna manera. La poesía, especialmente, ha de tender a desindividualizarse y a aceptar la norma comunista—empleo esta palabra por ser de su agrado (dice al periodista que lo entrevista)—, quiero decir, de comunión cordial entre los hombres. Porque pasó el tiempo del solipsismo lírico, en que el poeta se canta y se escucha a sí mismo. El poeta empieza a creer en la existencia de sus prójimos y acabará cantando para ellos».

## Una conclusión que no lo es

Lejana ya la peripecia histórica del poeta perdido y eternamente vivo en el recuerdo, es hora—estamos acercándonos al final de la jornada—de volver nuestra mirada a los senderos estrictamente humanos de su obra poética. Lo recuerdo cansado y viejo, sin un rescoldo de ternura, abandonar España—su España—en el aluvión humano del exilio. Penando hora a hora el camino del adiós definitivo, entre los últimos guijarros de la miseria humana. A tropiezos, enmarañada la voz en las arañas del recuerdo. Sevilla natal y Baeza lejana. Soria enterrada y aquel Madrid de acero se van con el poeta por los caminos de la fidelidad. Ya desterrado se levantan los muros de la patria perdida: «estos días azules y este sol de la infancia».

Queda, cara a cara al futuro, como una advertencia o un presagio, su voz lejana y sola, sus palabras de 1919: «Pero amo mucho más la edad que se avecina y a los poetas que han de surgir cuando una tarea común apasione las almas. Cierto que la guerra (se refiere a la primera mundial) no ha creado ideas nuevas—no pueden las ideas brotar de los puños—; pero ¿quién duda de que el árbol humano comienza a reno-

[27] *Id., op. cit.*, p. 197.

varse por la raíz, y que una nueva oleada de vida camina hacia la luz, hacia la conciencia? Los defensores de una economía social definitivamente rota seguirán echando sus viejas cuentas y soñarán con toda suerte de restauraciones: les conviene ignorar que la vida no se restaura ni se compone como los productos de la industria humana, sino que se renueva o perece».—*ANGEL BERENGUER (Consejo de Ciento, 284, 1.º BARCELONA).*

# MILAGRO DE LA PRIMAVERA
## (A propósito de un tópico literario)

El poema de Antonio Machado *A un olmo seco,* numerado CXV en sus poesías completas [1], aparece compuesto con la materia métrica de treinta versos, endecasílabos y heptasílabos (11/7) combinados. Es la forma usual en la poesía culta de origen italiano, que tanto se difundió en nuestro Siglo de Oro, dando lugar inicialmente a la estrofa de cinco versos (con el esquema fijo aBabB), utilizada en el siglo XVI por poetas mayores, como Garcilaso de la Vega (que le diera carta de naturaleza castellana y la bautizara con el nombre, que le quedó, de *lira)* y sus epígonos Fray Luis de León (en sus odas horacianas) y San Juan de a Cruz (en sus cantos místicos); y ulteriormente a un polimetrismo más amplio que se generalizó después en la poesía clásica española en numerosas canciones en estancias [2], para desembocar al fin en la socorrida silva, que tanto emplearon los poetas menores de la escuela sevillana (Herrera, Cetina, Rioja, Medrano, Rodrigo Caro... [3], con los que

[1] En las ediciones críticas de AURORA DE ALBORNOZ y GUILLERMO DE TORRE, *Obras. Poesía y prosa* (Editorial Losada, S. A.; Buenos Aires, 1964, p. 172; y 2.ª ed., 1973, pp. 185-186), y del hispanista italiano, de la Universidad de Florencia, ORESTE MACRÍ (Coll. Poeti Europei, núm. 3, Lerici Editori, Milano, 3.ª ed., 1969, pp. 492-495 y 1191, nota); así como en las eds. standard de la Col. Austral (núm. 149, pp. 129-130) y la Bibl. Clásica y Contemporánea (núm. 19, pp. 132-133).

[2] Cf. sobre esta forma poética la puntual monografía de ENRIQUE SEGURA COVARSÍ, *La canción petrarquista en la lírica española del Siglo de Oro* (anejo V de la revista *Cuadernos de Literatura,* CSIC, Madrid, 1949).

[3] Cf. la antología de ALBERTO SÁNCHEZ, *Poesía sevillana en la Edad de Oro* (Clásicos Castilla, número 9; Editorial Castilla, Madrid, 1948). Y, más genéricamente, los repertorios de textos de poesía lírica del Siglo de Oro español de ADOLFO DE CASTRO, *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* (en la BAE, vols. XXXII y XLII; nueva ed., Editorial Atlas, Madrid, *reprint,* 1951 y 1966).

Y, modernos, de PEDRO BLANCO SUÁREZ, *Poetas de los siglos XVI y XVII* (Biblioteca Literaria del Estudiante, núm. XIX, Publicaciones del Instituto Escuela, Madrid, 1933; *reprint,* CSIC, Madrid, 1970); RAFAEL LAPESA, *Poetas del siglo XVI. Período clásico (1525-1590)* (Biblioteca Hispania, núm. 3; Editorial Reuter, S. A.; Barcelona, 1947); ARTHUR TERRY, *An anthology of spanish poetry. 1500-1700* (Pergamon Press, Oxford/London, vol. I: 1500-1580, y vol. II: 1580-1700, res-